

exaltaciones, sin morbosas delectaciones ni alaridos quejumbrosos. Todo en él es armónico, limpio, depurado. Es un placer leerlo. Vivió ajeno a corrillos literarios, a ateneos y a cenáculos artísticos. Nunca lo inquietó la publicidad que tanto mortifica a la gran mayoría de los escritores. Le bastaba escribir y pulir sus versos en el sosiego de su hogar, entregado a un "individualismo estéril", como lo calificó un crítico. Nosotros afirmamos que su conducta no fue estéril. Lo prueba este libro póstumo, que reúne, si no lo mejor, un valioso conjunto de su producción poética, tan singular, tan honrada, tan personal, que causa extrañeza su lealtad hacia sí mismo en un mundo en constante evolución artística y espiritual.

G. D.

<https://doi.org/10.29393/At414-119PPDG10119>

*El púgil y San Pancracio*, de JUAN URIBE ECHEVARRÍA. Zig-Zag, 1966.

Conocíamos a Juan Uribe Echevarría como crítico, notable ensayista y entusiasta investigador del folklore vernáculo. Ahora, con la publicación de *El púgil y San Pancracio* (Editorial Zig-Zag), lo conocemos como novelista. Ha sido una agradable sorpresa y un placer la lectura de su primera novela, escrita con sencillez, sin *racontos*, cambios de tiempo o elucubraciones entre paréntesis y letra cursiva de los protagonistas, tan en boga en la literatura moderna. Es un libro escrito "a la antigua", si así podemos decirlo, sin que esto en nada disminuya su valor literario, su amenidad o su interés: se hace leer de un tirón.

*El púgil y San Pancracio* es la historia de Pedro Caucamán, boxeador aficionado, que llega a Santiago con una delegación nortina a participar en un campeonato nacional de box. En la solapa del libro nos informamos que Juan Uribe Echevarría, en su juventud, fue cronista deportivo. Conoce el ambiente que describe con certeras pinceladas, presentándonos una interesante galería de personajes y escenarios del boxeo nacional. Se advierte, desde las primeras líneas, que el autor no inventa. Recurre a sus recuerdos, a sus vivencias, las refresca y las traslada a la literatura en un estilo ágil, periodístico, mostrándonos el ambiente en el que se mueven intereses, ambiciones, esperanzas y aparecen, junto a hombres sencillos y nobles, sórdidos y siniestros personajes que merodean y medran a expensas de los boxeadores.

El deporte, como tema literario, ha sido tratado en forma fragmentaria por algunos escritores chilenos, incluido dentro de una temática diferente, nunca como tema de fondo, como lo ha hecho ahora el autor de esta novela con admirable realismo. Los acontecimientos se suceden regularmente, los personajes se mueven con naturalidad en una órbita conocida, ofreciéndonos un trozo de vida palpitante mirada de primera mano. Pueden reprocharle a Uribe el lenguaje demasiado directo, la falta de artificios literarios, las descripciones demasiado "fotográficas" del ambiente y de los personajes. Ese es su estilo. No ahonda en la psicología de los protagonistas pero los

conocemos a través de sus reacciones que equivalen, en cierto modo, al más agudo análisis psicológico.

Otro autor, menos espontáneo que Uribe, habría distorsionado el tema y nos habría presentado complicados retratos íntimos de Pedro Caucamán, Semillita Gutiérrez, Domínguez, Pablito, Cancino o *El Tirante*. Uribe Echevarría, en cambio, nos presenta personajes de carne y hueso que se mueven, actúan y reaccionan con naturalidad, como seres humanos y no como marionetas manejadas por expertas manos profesionales. Ese es uno de los mayores méritos y aciertos de este libro. Juan Uribe Echevarría, además de una excelente novela, ha escrito la historia anónima de un trozo de vida del box chileno en su parte más limpia y generosa: en la rama de aficionados, que se conforma con los aplausos de ese monstruo gigantesco que se llama "público" y que, según las circunstancias, aplaude, insulta, pifia o golpea a sus ídolos de un día.

GONZALO DRAGO.

*Obras Completas*, de FERNANDO SANTIVÁN. Zig-Zag, 1965

El 1º de julio de 1886, hace ochenta años, nació en Arauco el novelista y memorialista Fernando Santibáñez Puga, conocido en la vida literaria con el seudónimo de Fernando Santiván, en la cual se ha destacado, principalmente, como autor de memorias. "En 1955 —dice Ricardo A. Latcham en el prólogo de las *Obras Completas* del octogenario hombre de letras— al salir sus *Memorias de un tolstoyano*, toda la crítica consideró que surgía la obra maestra y central de su autor, con un título que simboliza un instante decisivo de su carrera. La vocación, ejecutada por medio de certeros retratos y reconstrucciones admirables de ambientes y caracteres, se ajustaba a un ritmo inalterable de interés" (pág. 19).

Es indudable que Santiván posee una maestría especial para ejercer el difícil arte de recordar el pasado haciendo revivir el ambiente de la época y a los hombres que en ella actuaron. Como novelista es uno de tantos narradores sin trascendencia universal, ni siquiera hispanoamericana; aunque sus obras de este género lo señalan como un observador perspicaz, que no se pierde en inútiles descripciones y va al fondo de las cosas, para retratar con destreza la realidad de la vida en las diversas situaciones y en los personajes. Sus novelas y cuentos tienen el sello criollista de las costumbres chilenas del sur y de la personalidad romántico-dramática del autor. En las obras de ficción, especialmente en la biografía novelada de Bernardo O'Higgins, *El mulato Riquelme*, y en la novela *Ansia*, Santiván manifiesta su absoluta disconformidad con las injusticias sociales: "El mundo está mal organizado —piensa el novelista—, y hay que procurar arreglarlo. Por ese ideal lucharé toda mi vida. Quiero principiar por nuestra patria. Tenemos que destruir muchos prejuicios, principiendo por las castas sociales".